

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

## MADRID

Pesetas.

Mes. ....	1
Trimestre. ....	2,50
Semestre. ....	5
Año. ....	10

## PROVINCIAS

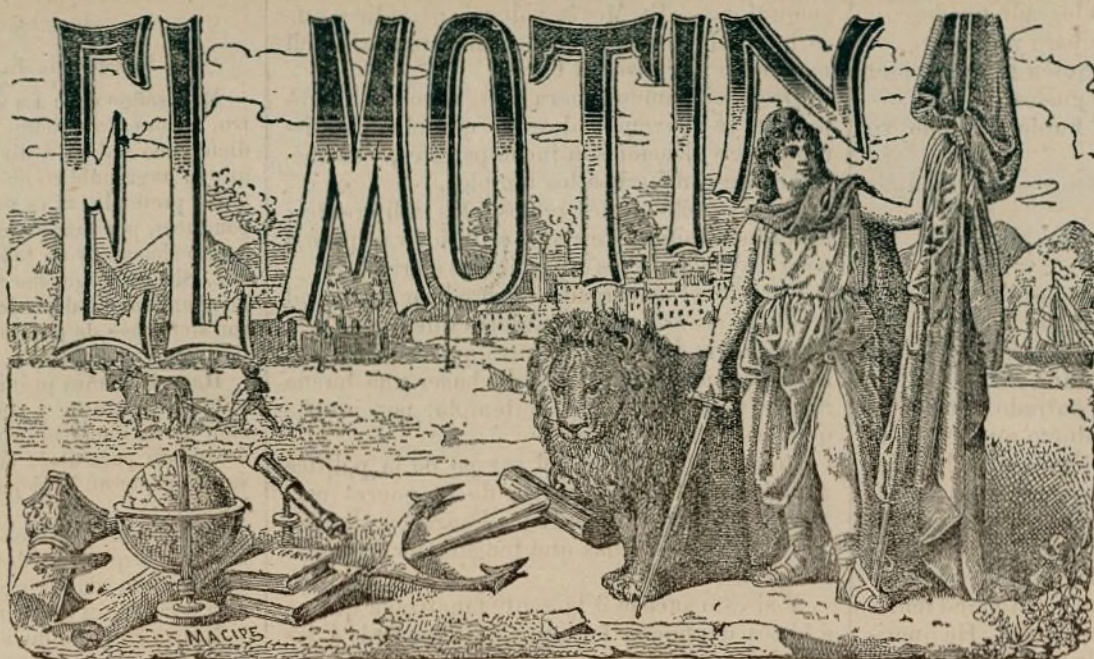
Tres meses. ....	3
Sets. ....	5,50
Año. ....	10
Extranjero y Ultramar. ....	5 pesos.

## CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN. ....	2,50
Idem del SUPLEMENTO. ....	0,75

## NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



## ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.<sup>o</sup> de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

## Centro de suscripción

En Madrid: librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pzo, calle del Obispo, 32.

## NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

## PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

## LA EDUCACIÓN DEL CONVENTO

Una tarde vino Lucas á mi casa, y como para mí no tenía secretos, como yo era más bien que amigo un hermano suyo, me refirió varios episodios de su vida íntima dignos de ser conocidos por mis lectores.

Helos aquí tal como los oí de sus labios:

Huérfano desde la edad de once años, quedé bajo la tutela de un sacerdote hermano de mi padre.

Eran tanta su piedad y tanto el celo que por mi salvación se tomaba, que de las cuentas de mi minoría resulta que he sido cofrade de todas las hermandades habidas y por haber, y he ganado un sinnúmero de indulgencias; siendo santo sin saberlo, por obra y gracia de unos dos mil duros que aparecen en contra mía por todos conceptos. Un día me dijo:

—¿De qué te serviría ganar un mundo, si perdeses tu alma? ¿Qué son los bienes terrenales, la felicidad del hoy, comparados con la eterna felicidad celeste? La vida, hijo mío, no es más que un tránsito que puede conducirnos á la perpetua condenación.

Después, arrancándose en verso, añadió:

La ciencia calificada,  
es que el hombre en gracia acabe,  
porque al fin de la jornada  
aquél que se salva, sabe;  
y el que no, no sabe nada.

—Diga usted, tío—le contesté yo.—¿Ha sido habido el poeta?

—¡Grandísimo incrédulo! ¡Pues no ha de ser habido! Como que estos versos son del insigne varón, del ilustre...

—Muy ilustre sería, pero maldito si le daba el naípe por ahí.

—Abusas de la mucha libertad que te he concedido, sin advertir que mañana cumples veinticinco años y vas á comenzar á disponer de tu fortuna, que tanto me he desvelado por conservar incólume á fuerza de sacrificios. Verdad es que me he visto obligado á ceder unos cuantos palmos de la huerta á las pobres monjas. ¡Estaban tan estrechas, que me ha dado lástima de ellas! Mas Dios recompensa las buenas obras, y

Quien un bien siembra en el suelo,  
ciento recoge en el Cielo.

Yo no estaba muy fuerte en esta agricultura espiritual, pero me parecía que hubiera sido para mí más útil que mi tío se hubiera dejado de sembraduras místicas (con semilla ajena), y hubiera conservado mi finca tal como la había recibido de mis padres.

Una tarde nos visitó D. Julio, capellán de las Trinitarias y gran amigo de mi tío, que frecuentemente venía á nuestra casa.

Acompañábale Rosa, su sobrina, muchacha

de agradable fisonomía, que por entonces frisaba en los veinte, y acababa de salir del convento donde las madres la habían enseñado más religión que moral y más hipocresía que virtud.

Fijos los ojos en el suelo, indecisa en el andar, melosa y anñada, la voz irresoluta, en sus ademanes tenía todo el aspecto de una santita.

No sé por qué se me figuró que su visita obedecía á una conspiración que entre su tío y mi tío habían fraguado contra mi celibato. Acaso hice esta suposición al observar las miradas de inteligencia que ambos cruzaron; acaso por el afán que tenían en ponderar, mi tío los méritos y habilidades de Rosa, y el de ella mi talento, formalidad y otras cualidades que injustamente me atribuía.

Comimos, y durante la comida advertí que la educanda de las monjas estaba más instruida en prácticas religiosas que en usos sociales. Al sentarse á la mesa rezó tres Padre-nuestros, después bendijo la comida con no sé qué romance, y al terminar dijo muy seria: «¡Alabado sea el Señor, que nos lo ha dado sin merecerlo!»

Cuando se despidieron tío y sobrina, me puso mi tutor la cabeza como un bombo, ponderándome la hermosura y virtud de la chica; su esmerada educación religiosa, prenda segura de honradez y laboriosidad; y tantas y tantas cosas me dijo de la corrupción de las jóvenes que se educan en el siglo, tal idilio me trazó del hogar católico, que me conmovió y le rogué que se avistara cuanto antes con D. Julio y le suplicara que explorase la voluntad de su sobrina, y, si ésta era gustosa, pidiese para mí su mano.

Jamás he visto curas más diligentes. Aquella fué una boda relámpago.

Como mi futura desconocía el mundo, fué preciso que su director espiritual interviniese en la adquisición del mueblaje, porque la infeliz no se decidía á comprar ni un puchero sin consultarlo con el P. Román, joven capellán del convento y confesor de mi prometida.

Ambos, sin contar conmigo, amueblaron las habitaciones nupciales á estilo de celda, y ajustaron una criada, penitenta del P. Román, y un criado, ex-monaguillo del convento. ¡Parecía que era el cura y no yo quien se casaba!

¡Si vieras cómo se modificó el carácter de Rosa después del sacramento! Aquella inocencia, aquel candor, se quedaron en las gradas del altar, y se volvió exigente, altanera, imperiosa. En cambio aumentó su fervor piadoso de un modo terrible.

Había tomado la iglesia por casa y la casa por iglesia. Pasaba toda la mañana en el templo, y después venía y se encerraba á leer *La Perfecta Casada*, *La Perfección en el Matrimonio*, y otras muchas obras místicas, con lo cual la casa

estaba en un admirable desorden. No te digo nada de las eternas conferencias que á solas tenía con su confesor... y que me llegaban al alma.

Pertenecía á todas las sociedades benéficas, y no se derrumbaba una iglesia sin que contribuyera á restaurarla, ni salía expedición de misioneros para la cual no sangrase el fondo matrimonial. Sobre todo, sus monjitas la explotaban de un modo maravilloso.

El P. Román, en tanto, gobernaba mi hogar y me robaba (cuando menos) el cariño de Rosa. Un día me harté de sus ingerencias, y de una manera cortés, pero muy expresiva, le hice comprender cuán poco gratas me eran sus visitas.

Pero ¿crees tú que adelanté nada con esto? Si él no venía á casa, iba Rosa al convento y estábamos lo mismo. Y los piadosos despallarros continuaban, y llegaron á tal extremo, que, temeroso por el porvenir de nuestros hijos, pues teníamos dos, hube de amonestarla por su proceder y hasta prohibirla que frecuentase tanto el convento.

Desde aquel día estalló la guerra doméstica con todos sus horrores, y no tuve un momento de reposo. Los criados, más adictos al clérigo que á mí, traían y llevaban mensajes sin mi conocimiento; quise despedirlos, pero mi mujer se opuso con una tenacidad digna de mejor causa. Entonces resolví trasladarme á una capital del Norte, creyendo que con la distancia acabaría aquel estado de cosas, y me trasladé, en efecto; pero ¡cuál no sería mi sorpresa cuando á los quince días leí en un periódico que el Padre Román había sido agraciado con una prebenda en la localidad!

La llegada del Padre coincidió con un cambio radical en Rosa. No salía ni aun á misa, y pasábase el día encerrada en su gabinete, lo cual me hizo pensar si Dios la habría tocado en el corazón. Se llevaba las horas enteras escribiendo, y hasta llegué á sospechar si la Providencia le habría sugerido la idea de hacerse escritora mística, cosa que, después de todo, me hubiera resultado muy económica.

En la fonda en que nos hospedábamos ínterin nos estableciéramos definitivamente, ocupábamos seis habitaciones, cuatro para nosotros y dos para mis inamovibles sirvientes. Excuso decirte que no éramos más que un matrimonio nominal: cada uno comía en su habitación, y se pasaban los días sin vernos.

Una noche que estaba ocupado en abrir las hojas de un libro con un cuchillo toledano que tenía siempre en mi escritorio, sorprendiéndome la visita de mi consorte, que evidentemente venía con intenciones de provocar un escándalo.

—¡Ahora estarás satisfecho! —me dijo con





provocativa ironía.—Ya has logrado tus deseos; ya no tengo libertad ni aun para rezar.

—Pero, mujer de Dios, ¿quién te lo impide? Por mí, puedes orar cuanto gustes.

—¡Ah! ¡Cuánto mejor hubiera estado yo en el convento!...

—En eso estamos conformes—dije mentalmente.

—¡Que no contigo, que eres un impío, un hereje, un demonio!...

—No creo que me falten todos los atributos diabólicos; pero ¿cómo ha de ser!... Si no tenías más que decirme, y fueras tan amable que me dejaras continuar mi lectura...

Entonces ella, que había entrado exclusivamente á visitarme con el objeto que luego te diré, viendo frustrado su intento, rompió á llorar, y tanto alzó la voz, que acudieron, primero los criados y después otros huéspedes.

Cuando sintió que estos últimos se acercaban, empezó á pedir auxilio, diciendo que yo la quería matar con el cuchillo que en la mano tenía.

—¡Vean ustedes!—exclamaba.—¡Ha querido asesinarme! ¡Los criados lo han visto!—Y los domésticos, previamente ensayados por el cura, afirmaron cuanto ella decía.

La sangre se agolpó á mi cerebro, y perdí el conocimiento...

Al día siguiente, el juez, á instancia suya, condujo á Rosa depositada... á casa del Padre Román.

— ¡Tú no sabes las ideas de venganza que acudieron á mi mente! No puedes imaginarte cuántas dudas, cuántas vacilaciones experimenté entre el deseo de castigar tanta vileza y el temor de dejar á mis hijos abandonados, huérfanos de madre y llorando mi prisión. Pudo más el amor paternal, y tuve el suficiente heroísmo para contenerme.

Dos años llevamos de litigio. La curia devoraba mi hacienda; yo paso ante las gentes por un delincuente de sevicia; mis hijos, mis pobres hijos, pararán en la miseria; pero ¿qué importa? Ella, entre tanto, figura en la plana mayor de la beatería; confiesa, comulga y se da golpes de pecho.

Si esto no es consolador, que venga Dios y lo vea.

JOAQUÍN G. LOSADA.

## ESPECTÁCULOS RELIGIOSOS

Acostumbran hoy los periódicos á anunciarlos con bombo y platillos, aplicando á cada predicador ó parlanchín eclesiástico el mote de orador elocuentísimo, sabio y otros aún más rebuscantes.

Si en la mayoría de los casos dijeran que el cura Fulano iba á atropellar el sentido común desde el púlpito, ó á insultar en mal español con toques de peor latín á todo bicho viviente, estuvieran más en lo cierto, y el público colmaría de aplausos al periódico que así velaba por los fueros de la verdad.

Mas el arte de mentir hace prodigios, y por esto se leen con frecuencia *timos* como el siguiente:

«Ayer se celebró en la parroquia de tal la fiesta del patrón de tal pueblo, que fué brillantísima.

De la oración sagrada estuvo encargado el virtuoso sacerdote D. N., eminentísimo orador que sabe arrebatarse al auditorio con su elocuente á la vez que sencilla palabra», etc., etc.

¿Y qué había sido, en resumen, la divina peroración del encomiado *pater*? Una filípica contra las madres honradas que no dejan sus hijas á merced de la gente negra; una sarta de tonterías y latinajos en loor de un santo que, antes de ascender á este empleo, ejerció de bandido; ó una virgen que en vida, y mientras tuvo atractivos personales, sirvió más á los hombres que á Dios; frases gordas contra los republicanos y hombres de Ciencia que no transigen con el clericalismo, amén de las correspondientes ex-

comuniones á EL MOTÍN y demás periódicos que se han impuesto la ingratisima cuanto difícil misión de moralizar al Clero.

Desgraciadamente para éste, muchos liberales van ya convenciéndose de que el clericalismo y la civilización son incompatibles, y se abstienen de concurrir á los templos.

Y no ya sólo los descreídos ó los indiferentes; hasta los católicos de recto criterio, van poco á poco huyendo de los espectáculos clericales.

Cuando el encargado de predicar la moral cristiana aconseja á las mujeres que lleven á la prostitución á sus hijas antes que casarlas con libre-pensadores, ¿qué ha de hacer una buena madre sino abandonar el templo, por mucha que sea su fe religiosa?

Cuando se entra por el campo de la política y defiende el bandolerismo de la guerra carlista, ¿qué han de hacer los honrados sino escapar, por arraigadas que tengan sus creencias religiosas?

Y si esto sucede á la gente fanatizada que va á oírlos de buena fe, ¿qué no sucederá á los demás?

De nada sirve, por tanto, el que determinados periódicos anuncien los espectáculos religiosos como los teatrales, y dediquen columnas enteras á describirlos y elogiar los trabajos de los actores místicos.

Los que van á presenciarlos, lo hacen sencillamente por divertirse los unos, por pasar el tiempo los otros, por cálculo algunos y por hipocresía los más, no faltando quien asiste con fines pecaminosos.

Si, como varias veces ha dicho EL MOTÍN, se expendieran billetes de pago para las fiestas religiosas, no estarían tan concurridas como las profanas; porque los católicos dirían, y con razón, lo que el usurero del cuento:

«La fe á un lado y mi dinero á otro».

MARIANO VELA VERGARA.

## LA INFLUENCIA CLERICAL

Nos han comunicado de Durango una noticia que pone de manifiesto la ciega crueldad con que el fanatismo religioso persigue á los que tienen la entereza suficiente para sustraerse á las imposiciones clericales.

En nada repara ese fanatismo sin entrañas cuando se propone satisfacer sus negros odios ó sus inicuas venganzas. No respeta ni el sagrado del hogar, ni la vida, ni la honra del ciudadano; penetra en el seno de las familias más honradas y felices para llevar á ellas la desunión, la desgracia, la desesperación y hasta la muerte, si es preciso, haciéndolo todo á nombre de una religión de paz y caridad, como si no fuera su mayor escarnio.

El hecho es el siguiente:

Vive en Durango hace diez años, con su mujer y sus hijos, un excelente sujeto, de oficio pipero, en extremo trabajador y honrado á carta cabal, tanto como el primero de aquellos vecinos, según ellos mismos lo pueden atestiguar.

Este buen hijo del trabajo, al que ha consagrado toda su vida, compartiéndola con el amor y el sustento de la familia, es de origen francés, se llama Anselmo Hepja y ha vivido siempre en santa paz dentro de su casa, hasta que se introdujo en ella la discordia en forma de escrúpulos que asaltaron á su mujer, ¡al cabo de veinte años de casados!, porque el buen Anselmo no pertenece á la comunión católica.

En ninguna parte del mundo se considera esto como bastante motivo para separar á un matrimonio, menos en Durango, donde se han puesto en juego toda clase de místicas y beatíficas intrigas para levantar de cascos á la infeliz mujer del pipero, hasta el punto de hacerla abandonar su casa y su familia, desapareciendo repentinamente y dejando sin sus maternales cuidados á los hijos y en la más triste situación al fiel esposo y amante compañero que ha tenido durante diez años en Bilbao y otros diez en Durango, sin que jamás dejara de observar con ella, como con la sociedad y con todo el mundo, la más intachable conducta.

A estos censurables extremos conduce la perniciosa influencia clerical, que se empeña en dominar las conciencias, dirigiéndolas á veces, como en este caso, por la senda de la desgracia y del mal.

La perversidad de los manejos empleados contra el buen Anselmo, se desprende de la siguiente carta que nos dirige el mismo interesado:

Durango 11 de Enero de 1887.

Sr. Director de EL NORTE.

Muy señor mío: La situación en que me encuentro, ignorando quiénes sean los autores de mi desdicha, me obliga á dirigirme á usted suplicándole que lo haga público en su apreciable periódico.

No pretendo, ni es necesario que yo justifique mi conducta, por cuanto puedo probar que mi mujer ha hecho siempre y en todas partes constar mi honradez. Sin embargo, hace once días que mi mujer me ha abandonado, dejándome todos nuestros hijos, que son siete, tres de cuatro años para abajo, por el motivo que voy á decir:

Hace diez años próximamente que habito en esta villa de Durango, y como es conocida mi obstinación en no quererme someter por ningún concepto á caminar para atrás como el cangrejo, debe usted suponer que no he dejado de ganar el calificativo de hereje.

Conste que mi mujer me ha dicho varias veces últimamente que ha sido aconsejada para que abandone á su marido, y que, en este caso, no les faltarían socorros ni á ella ni á nuestros hijos.

Nunca creí que mi mujer hubiera llegado á poner en práctica dichos consejos; pero al fin se ha decidido á seguirlos y me ha abandonado, ignorando yo dónde se halla, así como también pongo en duda el que perciba la protección que tanto la prometían, por cuanto por mi casa no se ha presentado nadie á repartir pan á mis hijos.

Ya habrá usted comprendido lo que me pasa y que mi situación es bastante penosa, á causa de mis hijos; no necesito, por lo tanto, hacer comentarios, y termina saludándole su muy atento y seguro servidor,

ANSELMO HEPJA.

Los comentarios quedan hechos. Lo que no se ve es la manera de remediar el mal causado por las negras almas que han mediado en este asunto.

Tales son las obras del fanatismo religioso y de la influencia clerical, los enemigos mayores de la tranquilidad de las familias y del sosiego de los pueblos.

(EL NORTE, Bilbao.)

## MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

¿Han leído ustedes *El Monaguillo*, obra póstuma del infortunado García-Vao, y la cual anunciamos en otro lugar?

Probablemente no, porque se puso á la venta el lunes.

En tal supuesto, me permito recomendársela eficazmente, pues, aparte de lo bien escrita que está, demostró en ella el malogrado autor que el voto de castidad es incompatible con la naturaleza humana.

Al efecto, pinta un cura, casi ideal, adornado con las virtudes que deberían tener todos: desinteresado, caritativo, prudente y tolerante.

Cura que oye un día la voz de la Naturaleza, y, aunque lucha y se defiende heroicamente, cede al fin; y entonces, en vez de conformarse á arrastrar esa vida hipócrita ó cénica que la mayoría de sus compañeros acostumbra, sale para los Estados-Unidos con la mujer que ama, para hacer allí la vida del hombre honrado y buscar en un trabajo digno la satisfacción de sus necesidades.

Cuando se lee esta obrita, siéntese centuplicar la indignación contra el infame asesino que mató tantas ideas grandes y tantos sentimientos generosos.

Tristón y malhumorado andaba yo hace tiempo, al ver que no caía un cura que hiciese un par de barbaridades mayúsculas, de ésas que forman época en las columnas de EL MOTÍN.

Más ya cayó el pez.

Flor y nata de todos los cuervos de la Península, Islas adyacentes, Ultramar, Extranjero y de todo el Globo terráqueo, Benito, *parroquiano* de Manatí (Puerto-Rico), pues á él me refiero, debe madrugar para hacer fechorías, á juzgar por lo que le cunde la tarea al infeliz.

Falleció Doña Rosa Luyando, que había sido en vida buena hija, excelente esposa, y, finalmente, honradísima viuda, si bien, á los ojos del *clerizonte*, tenía un grave defecto... el de ser pobre; y como Benito no barruntase ni un cen-



tavo de gorgoritos, le negó sepultura canónica, á pesar de que la difunta siempre había profesado la religión católica, pretextando que había muerto impenitente. ¡Como si no fuese bastante penitencia ser pobre y honrado en este mundo!

Tanto escandalizó la conducta del cura, que los vecinos del pueblo dirigieron un oficio al juez municipal haciendo constar los hechos referidos, y pidiéndole castigase al *berrendo* con la pena que señala el art. 345 del Código.

Que no había negado sepultura al cadáver por lo que decía, lo probaba el que, previo el pago de metales, había dado hace poco sepultura canónica á un tal Barel, protestante y espiritista, y á un católico impenitente en mancebía; inhumaciones incompatibles con los preceptos de la Iglesia, aunque compatibles con la bolsa del *parroquidermo*.

Además del pecado de pobreza, tal vez tuviese con Doña Rosa algún resentimiento el *cleripopótamo*, á causa de algún suceso parecido al siguiente, que consta en el oficio dirigido al juez:

«Según la voz pública, el mismo presbítero, á pretexto de protección, colocó en una heredad de su pertenencia á un matrimonio, y, aprovechándose de la ausencia del marido, trató de violentar con miras deshonestas á la esposa, llevando su violencia hasta el extremo de romperle el traje que vestía, y la cual, por carecer de recursos, no se presentó al señor obispo».

Ahora me lo explico todo: pensar que un cura haga un desatino sin su cuenta y razón, es pensar lo imposible.

Los *grajos* que no pueden saciarse en la carne viva, se vengán en la carne muerta.

Creo efectivamente que hay espíritus malignos, y tan convencido estoy de ello, que le apostaría la cabeza de un cura á cualquier incrédulo que lo negase.

Y lo mismo que yo piensa una familia de Morbihan (Francia) que ha puesto en práctica un método nuevo de exorcizar que recomiendo á las beatas españolas.

Trátase de una molinera con cuatro hijos, uno de los cuales, ó, mejor dicho, una de las cuales, tenía ante los ojos del cura el grave defecto de ser bonita y desdeñosa.

Y sea por esto, ó por algo que se calla, un día que fué la madre á confesar, el *pater* le dijo, en sentido figurado sin duda, que su hija tenía *los demonios en el cuerpo*.

Tomó la madre literalmente la cosa y se fué derechita á casa, donde reunió á todos sus hijos (excepto la endemoniada) y les refirió el descubrimiento del *grajo*.

—¡Demonios en casa!— exclamó el más bruto.—Le aseguro á usted, madre, que, ó poco hemos de poder, ó no ha de quedar uno que lo cuente.

Después de la conversación, entre todos pescaron á la endiablada, quieras que no quieras la tumbaron en el suelo, y con un berbiquí le abrieron cuatro agujeros para que *los malos* eligiesen la puerta de salida.

A Dios rogando y con el berbiquí agujereando; quiero decir, que entre barreno y barreno se berrearón no sé cuántas oraciones.

Y con esta sencilla operación místico-quirúrgica se vió libre la pobre joven de espíritus malos y buenos, porque espiró.

Un experimento desgraciado no basta para desacreditar un método; y éste de los exorcismos de última moda puede dar resultados excelentes y acreditar las ideas humanas y civilizadoras que la religión despierta.

Por lo tanto, conviene seguir ensayando ese bárbaro procedimiento.

Todos tenemos enemigos, cuál más, cuál menos; pero el *grajo* de Almedinilla (Córdoba) los tiene por gruesas, y que no le dejan ni á sol ni á sombra.

Hapoco dirigieron una queja al obispo, quien, creyendo que sería obra de algunos impíos enemistados con el *pater*, envió un delegado (*cuer-*

*vo* también) con objeto de que se enterase de la calidad y número de los reclamantes.

Llegó el delegado, y cual si fuera repartiendo dinero, acudieron á él tantos vecinos para añadir su firma á las de los que suscribían la queja, que tuvo que mandarlos retirar por considerar que bastaban, y aun sobraban, las ya recogidas.

No sé si el *parrocán* fué llamado ó emprendió el viaje por recreo á la capital; el hecho fué que volvió echando chispas, se fué derecho al canasto de los rebuznos, y puso á los calumniadores como no digan amas de cura.

Si él fuera razonable, yo le diría: «No te dejes llevar por la ira; sé dócil y humilde de corazón; perdona á tus enemigos; imita al sándalo, que perfuma el hacha que lo hiere...»

Mas no lo hago por que no me conteste, y con razón: «Si yo fuese humilde, no se quejarían de mí. Por lo tanto, puedes guardarte tus consejos. Quien no tiene medias, ¿para qué ha menester ligas?»

Al *parroquidermo* que fué de Nalda (Logroño), hoy residente en Arnedo, le dieron un *timo* en la siguiente forma:

Exigió á un joven de aquel punto, como condición precisa para casarle, que había de soltar los cuartos por adelantado. El novio, *distraídamente*, se fué á la boda sin un céntimo; pero, eso sí, ofreció enviárselos en seguida, lo cual no hizo ni ha hecho aún.

Bebiendo los vientos en busca de sus ochavos, el *pater* recurrió al padre político del deudor, quien le dijo que su yerno, no tan sólo carecía de ellos, sino que andaba á cachetes con el hambre, y que mejor estaba para recibir que para dar.

Disimuló su ira, y á poco supo que el individuo á quien había casado forzosamente *de gorra* poseía una borrica, y mandó á una de sus amas para que el deudor se la prestase; mas éste parece que le contestó:

«Dígame usted al cura que, como no cabalgue en alguno de su familia, va á pasarse á pie toda su vida».

¡Cualquiera puede ir ahora á encargarle al amigo del solideo ni un responso sin soltarle previamente la *mosca*!

Hace pocos días falleció una mujer en el Hospital civil de Cádiz, á consecuencia de haberse arrojado desde la azotea de su casa, sita en la calle del Pasquín, á la vía pública.

La familia encargó un buen entierro á la parroquia de San Antonio; se enteró la de San Lorenzo y alegó que aquella ganga le correspondía, por estar enclavada en su feligresía la casa de la difunta.

La de San Antonio, por su parte, se fundaba en que había espirado la finada en el Hospital civil, de donde salía el cadáver para darle sepultura.

Y tal jollín armaron los desinteresados ministros del Señor, que hubo necesidad de llevar el asunto al gobierno eclesiástico, quien determinó que los del santo achicharrado se chuparan la breva.

Si en vez de proceder la difunta de una familia que podía pagar un entierro decente (entierros decentes para los curas son aquellos en que cobran mucho), hubiera habido que enterrarla gratis, es posible que se hubieran peleado también, pero por echarle cada cual el muerto al otro.

¡Son el demonio los benditos!

Celebrábase una procesión en Nules, y los curas querían llevarla al galope.

Por si no apretaban el paso los mozos de cuerda místicos, el *cleripopótamo* Montañés tiró violentamente de un palo de las andas y... pataplúm, vinieron al suelo el santo y sus cargadores. Uno de éstos exclamó al levantarse:

—¿Quién ha sido el tío animal que nos ha empujado?

Y el aludido, en lugar de agradecer que le llamasen por su nombre, largóle una tremenda bofetada.

A partir de ella, armóse una cachetina descomunal, y como los curas son tan avariciosos, se apropió Montañés la mayor parte de los moquetes y alguno que otro *instrumentazo*, porque sus contrarios eran músicos.

El que recibió la bofetada, demandó ó pensó demandar al *pater* ante los tribunales; mas mediaron influencias y la cuestión no pasó adelante, quedándole únicamente el consuelo de que al de la coronilla pelada le ajustaron la cuenta por el sistema de San Bruno, dándole cien porrazos por uno.

Que, después de todo, no deja de ser un buen consuelo.

«La religión arraiga de un modo terrible en el corazón humano—decía un *cuerro*.—Puede un hombre extraviarse en el camino del vicio ó sepultarse en el abismo del crimen, pero siempre queda en el fondo de su alma un reflejo de esa luz vivísima de la fe, que nunca se extingue en aquellos que han tenido la dicha de ser educados en el seno de la Iglesia».

Consecuentes con esta teoría los ladrones que robaron la colegiata de Osuna, tuvieron su mija de fe, y, cogiendo los vasos de las lamparillas, los pusieron ante los sagrarios alumbrando á las sagradas formas.

Es cierto que se llevaron los copones que las contenían, y hasta las lámparas en que estaban los vasos luminosos; mas esto no quita para que se vea claramente el destello de fe de que hablaba el *curiano*.

Se dirían: «En alumbrando á Jesús, aunque hagamos noche todo lo demás, no es un pecado *mayormente grande*».

Al *parrocán* de un pueblo de Aragón le han dado un tiento en el arca, de quince mil duros.

¡El Señor se lo había dado, y los señores ladrones se lo han quitado! ¡Que su santo nombre sea bendito! (El de Dios, por supuesto.)

Tristes y calamitosos son los tiempos en que vivimos.

Un pastor de almas, siempre vigilante, siempre atento á su rebaño, pasándose los días y las noches en el campo... de batalla, apenas puede reunir quince mil duros, después de muchos sudores, de muchas fatigas.

No bien los ha reunido, se presentan unos infractores del séptimo mandamiento, con sus manos lavadas ó sucias, y se los anexionan á ciencia y paciencia de la Providencia sin cuyo permiso no se mueve ni la hoja en el árbol, y, ¡adiós su dinero!

En vista de estos desengaños, habrá algún *cuerro* que grazne con lastimero acento: «Vale más ser ladrón que cura».

Muérese en Málaga el consecuente republicano y libre-pensador José Pérez Marín, no sin antes haber encargado á su familia que no se acercase á su cadáver ningún *cuerro*.

Se verifica el entierro, al cual asisten más de mil republicanos; pero, al llegar la comitiva al cementerio, se presenta el capellán armado de hisopo para *auxiliar* el cadáver (son sus palabras) con el correspondiente riego de agua fría.

Los amigos del difunto se oponen abiertamente á los deseos del *cucaracha*, y aunque éste clama al Cielo por los miserables ochavos que debía producirle el rocío de agua bendita, no logra mover el hisopo.

Un aplauso á los que impidieron el intento del *sotana*, que no *pataleará* poco al verse vendido á pesar de su católico afán de bautizar á los muertos.

El cardenal Payá ofrece de sus ahorrillos apostólicos treinta mil duros para la reconstrucción del Alcázar de Toledo.

A propósito de esto, me decía un cura, que por rara excepción es listo y espera que saquen á concurso los curatos que hoy están á media paga para hincarle el diente á uno:

«¡Estoy asombrado! No sé qué admirar más, si el generoso desprendimiento de S. E. ó la protección que Dios concede á su Iglesia permitiendo que, en medio del temporal impío y



revolucionario que corremos, pueda el dignísimo primado hacer donativos de ese calibre, no ya para un templo ni para una universidad católica, sino para un edificio completamente profano, mientras sus hermanos en Cristo perecen por falta de pan».

Falleció en el hospital de Manresa un enfermero que había prestado en él doce años de buenos servicios.

Las Hermanas de la Caridad usaron tan poca con el infeliz, que antes que exhalara el último suspiro se apoderaron de la ropa y demás objetos de su pertenencia.

—¿Qué ha sido eso?—preguntaba en cierta ocasión la superiora de un hospital á una de sus subordinadas.

—¿Qué ha de ser? Nada. Que el cuatro, el seis y el ocho han fallecido.

—Recoja, hermana, las ropas y el dinero, y que Dios los haya perdonado.

Anda inconsolable una señora de Monforte desde que ha sabido que en el convento de Escolapios de la localidad no entra ella sola, como creía, sino que también es frecuentado por otras más jóvenes, más guapas y no viudas.

¿Cómo ha de ser, amiga! Los frailes dirán como yo: «Todos los días gallina, amarga la cocina. Cocer siempre igual puchero, es propio de majadero. En la variedad está el gusto»... y en fin, San José de Calasanz te ayude en tus aficciones.

Me han remitido un ejemplar de la asociación, muerta á manos de los tribunales, que llevó por mote *Cruzada de la Prensa*. Descabellado era el reglamento; mas hay que convenir en que en la parte fundamental, los cuartos, se expresaba con una claridad inaudita.

No me entretengo en hacer un juicio crítico del librejo, porque muerta la asociación, disueltos los cruzados, fugitivo el nuevo Pedro Ermitaño (Jaime Arnau), ¿á qué repetir que era una maquinilla de limpiar bolsas?

El día 6 riñeron en Bayarcal (Almería) las autoridades municipal y judicial por la cobranza de consumos.

El coadjutor Ruiz quiso meterse á redentor y sufrió una de garrotazos que para todos los curas los quisiera.

El Juzgado entiende en el asunto, y el *parrocan* no ha quedado con ganas de meterse otra vez en cuestiones de consumos.

Ni siquiera del de cera de la iglesia donde ejerce su oficio.

Ya ha debido profesar en el convento de la Enseñanza (Barcelona) la señorita que aporta á la comunidad una dote de sesenta mil duros, además de regalar á la Virgen de la casa una corona valuada en quince mil.

¡Buen timo! El presbítero que lo haya preparado merece ser inquilino de un presidio por toda su vida.

La Virgen apareció en Radesberg; mas ¡ay!, que apareció también la Policía, y resultó ser la aparecida una prójima á quien el cura hacía vestir de blanco.

El *pater* se trasladó á la cárcel por orden de la Autoridad.

Celebro el percance, y... ¡á otra!

¿Conque tu sobrina, amigo Justo, el de los Llanos (Canarias), está metido en un paso embarazoso?

Pues que salga con bien, y á ti te dé el Señor medios para cuidarla.

#### SERVICIO TELEFÓNICO

Madrid.—Calle Valverde, inmediaciones Desengaño, joven fugada conventículo Hermanas Caridad, resístese á acompañar dos susodichas. Guardias obliganla irse con beatas, diciendo que si no iría casa prostitución. ¿Sabe usted algo asunto?

—Ni una palabra. Pero si la frase que usted atribuye

á los guardias es auténtica, más valiera dejar á la infortunada joven que abrazase el segundo término del dilema, pues es preferible la prostitución del cuerpo á la del alma; cuando no á la de los dos, que se dan casos.

#### CONSULTOR DE FELIGRESES

Madrid.—A usted, que se da tan buena maña para tranquilizar conciencias, me dirijo para exponerle un escrúpulo que turba la mía.

El 22 del corriente pasaba por la Plaza de Antón Martín, y ocurrióme la pecaminosa idea de fijar la vista en el pórtico de la iglesia de Monserrat, donde había colocados unos tapices.

Llevado de mis aficiones artísticas, supuse que en el interior del templo habría otros, y entré y me descubrí la cabeza; pero, como estaba el local tan frío, permanecí embozado.

Estárame contemplando los tapices, cuando se me acercó un sacristán (y digo un, porque ignoro si hay varios), y con tono brusco exclamó:

—Haga usted el favor de desembozarse.

—¿Conque desembozarme, eh? ¡Vaya, hombre, vaya! Eso de obligarme á pescar una pulmonía, será muy católico, pero no veo la higiene.

El sacristán se empeñó en que ó me desembozase ó abandonara el templo, y opté, como es de cajón, por lo último. Siguióme hasta la puerta de la calle, y allí me soltó el siguiente rebuzno:

«Más educación debiera usted tener y mejores formas».

Yo le invité á que saliera á la calle á repetírmelo, con ó sin sotana, porque ¡Dios me perdone el arrebatado de ira! si llega á salir (como no lo hizo), le reviento con la mayor humildad.

Este es el hecho. Ahora deseo saber si me he excedido, y si puedo dormir tranquilo en la seguridad de no haber cometido una profanación.

—Durillo me es creer que el amable sacristán de Monserrat haya tenido una exigencia injusta; mas si le ha tentado el demonio cinco minutos, y es cierto cuanto usted me relata, ha cometido usted un pecado enorme.

El de no esperar á que se cerrase el templo, y al salir el sacristán á la calle... pues...

Por lo demás, duerma usted tranquilo.

#### BECQUERIANA

De la iglesia en el ángulo oscuro en un banco tranquilo se hallaba dormitando el acólito Roque de las Mercenarias.

¿Cuánto ensueño surcaba su mente de propinas, rumbosas beatas... y de miserables monjas que un cuarto ni Dios les arranca!

¡Ay! El sacristán, que ve que dormita, iracundo hacia él se abalanza, se aproxima, sacúdele un *trompis*, y le dice: ¡Las velas apaga!

#### NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

*Lo que puede la ambición*.—Drama en tres actos y en verso, original de Juan Maílo. —Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de Novedades la noche del 14 del actual.—Madrid, Imprenta Popular, á cargo de Tomás Rey.—1887.—Precio: dos pesetas.

En esta obra ha demostrado cumplidamente el señor Maílo que no se equivocó la Prensa al señalarle el año anterior como una esperanza del arte dramático, en vista del éxito de su primer drama *El vengador de sí mismo*.

Recursos dramáticos de primer orden, muchos y brillantes pensamientos, caracteres bien delineados y sostenidos, todo esto se halla en la última obra del señor Maílo, quien, como ha dicho un periódico de gran autoridad en asuntos teatrales, debería haber pasado ya al Teatro Español, si aquí no se convirtiese en privilegio lo que debiera ser patrimonio del mérito, presentárase donde y como se presentara.

Mas no desmaye el joven autor y continúe por el camino que va, pues por él llegará á imponerse y á adquirir gloria y provecho.

*Abnegación*, novela sociológica original de Ubaldo Romero Quiñones. —Precio: dos pesetas.

Esta obra, como todas las del autor, es un alegato razonado é imparcial en favor de las clases desheredadas, hecho sin apasionamiento y con grande erudición científica.

Véndese en las principales librerías de Madrid; en casa del autor, Espíritu Santo, 41, 2.º; en Palma de Mallorca, Plaza de la Paja, núm. 4, y en todas las librerías de provincias.

*El Sacramento espúreo*.—Exposición y crítica severísima del matrimonio canónico, por Constancio Miralta, presbítero. —Precio, tres pesetas.

Obra interesante de actualidad, escrita con entera libertad de criterio para dar á conocer lo mucho y muy grave que sobre este asunto es ignorado por la generalidad y no se ha publicado todavía.

Trata, en forma dialogada y amena, las siguientes materias:

*Ojeada histórica del matrimonio, contradicciones dogmáticas, teorías absurdas, persecuciones, desprecios vilipendio, leyes bárbaras, trabas é impedimentos de la Iglesia contra el matrimonio. Impurezas del clero, los monjes y los célibes.*

*Perturbación y conflictos sociales, religiosos y políticos; obstáculos contra el amor y la felicidad de los individuos, las familias y los pueblos.*

*Inmoralidad é indecencia de la intervención irrespetuosa de la Iglesia hasta en el lecho conyugal! Santa abyección de la mujer.*

*Consecuencias desastrosas de los impedimentos y del falso concepto católico sobre la unión sexual.*

*Raterías, latrocinios y abusos de la Curia Romana, las vicarías y parroquias en lo tocante á dispensas y expedientes matrimoniales.*

*Modo de casarse canónica y legalmente, muy pronto y sin gastos, ante la Iglesia, aunque ella no quiera.*

*El matrimonio civil es más antiguo que el canónico; puede ser también sacrosanto, y, por no haber sido aquí bien establecido, no ha producido sus efectos.*

*El divorcio y amancebamiento canónico; el matrimonio católico no es indisoluble ni ofrece garantía segura para la familia.*

*Modo seguro de descasarse por la Iglesia y contraer nuevas nupcias ante la Iglesia misma, etc., etc. Cánones, leyes, casos célebres, disputas, desgracias irreparables y dinero que nos cuesta el matrimonio religioso.*

Un volumen de 400 páginas, 8.º prolongado, con viñetas y elegante cubierta en color.

Se halla de venta en esta Administración.

*Negro y Rosa*.—*El Canto del Cisne*.—*La Desgracia de Tía Ursula*, por Jorge Ohnet.—*Periquillo*, por Julio Claretie.

Las dos novelas, *El Canto del Cisne* y *La Desgracia de Tía Ursula*, son, á pesar de ser las más cortas, las dos producciones mejores del gran novelista Ohnet.

La primera es un verdadero idilio por su delicadeza, y un drama profundo por su interés.

En la segunda no sabe uno qué admirar más, si la pintura de los caracteres, ó la gracia y el ingenio de la narración.

El nombre de Claretie es también conocido de los lectores de las obras de *El Cosmos Editorial*, y estamos seguros de que encontrarán en *Periquillo* un complemento digno de *Negro y Rosa*, y una de las novelas más preciosas y de más profundo interés de Claretie.

El tomo se halla de venta en *El Cosmos Editorial*, Montera, 21, Madrid, y en las principales librerías de España y América, al precio de tres pesetas.

#### TEATRO REAL

##### BAILE DE MÁSCARAS

ORGANIZADO

POR LA

ASOCIACIÓN DE ESCRITORES Y ARTISTAS

PARA EL 1.º DE FEBRERO DE 1887

desde las 12 y media de la noche á las 6 de la mañana.

#### LIBRO NUEVO

##### EL MONAGUILLO

OBRA PÓSTUMA

DE

ANTONIO R. GARCÍA VAO

CON UN PRÓLOGO

DE

JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

y un retrato del malogrado autor.

Véndese en la Administración de EL MOTÍN al precio de una peseta.

Los corresponsales obtendrán la rebaja acostumbrada.

#### LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo.

Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á EL MOTÍN.

Se vende en la Administración al precio de TRES PESETAS.

#### LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE

##### EL MOTÍN

*EL JUDÍO ERRANTE* célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueva pesetas.

*LO QUE NO DEBE DECIRSE* (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

*LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS* por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: dos pesetas.

*LA PIQUETA* por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

*DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN* por el cura Meslier.—Precio: dos pesetas.

MADRID: 1887.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4—Plaza del Dos de Mayo—4